



Como el océano

Pahola Acuña

Como el océano
© 2025, Pahola Acuña Araya.
© 2025, Tríada Ediciones Ltda.

San Antonio 19, of. 702, Santiago
Santiago de Chile Tel.: (56 2) 2941 2668
www.triadaediciones.net

Impreso en Chile
Primera edición, octubre de 2025
ISBN: 978-956-9362-48-4
Registro de Propiedad Intelectual:

Diseño y diagramación:
Tríada Ediciones

Ilustración de portada:
Paula Vallejos

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Benilda y Riquelme.

Prólogo

Adiós

«Algunas personas nacen y mueren mirando al mar.»

Antes de conocer el mar en persona, Sheridan solo lo había visto en los videos que a sus padres les gustaba proyectar en casa. Videos de masas azules inmensas y oscuras, de bestias marinas y flores imposibles de encontrar en tierra firme. Era un mundo tan diferente al que él habitaba, que cada noche soñaba con conocerlo. Entonces, en su cumpleaños número diez, hicieron un viaje a la costa y comprendió que hacer realidad ese sueño también significaba enfrentar una triste verdad: el mar era algo aterrador.

Casi quince años después de ese día, volvía a temblar frente a las olas.

Era un atardecer sombrío, el mar se agitaba tormentoso, la arena que era empujada por el viento le arañaba el rostro y el romper de las olas lo estremecía. Si su historia había nacido en el mar, definitivamente ese era el sitio donde debía morir.

Se aferró con fuerza a una piedra roja para anclarse a algo y recordó lo mucho que le temía a ese fenómeno en su infancia. Las nubes parecían estar a punto de devorarlo todo, inmensas y aterradoras fauces

hechas de agua y viento, listas para consumir toda esa miseria terrenal. Tal vez era lo que necesitaba, una fuerza natural destruyéndolo todo a su paso para crear un mundo nuevo.

Era su despedida después de todo, y le parecía el final perfecto para un amor que era tan inmenso, oscuro y aterrador como el océano.

Necesitó dos años para regresar a ese lugar y enfrentar la marea, y todas las promesas que empujaron hacia otras costas; tal vez alguien tomó sus sueños y los hizo realidad en otra playa, en otra vida, en otro mundo. El universo entero podía tomar sus juramentos para que alguien viviera su eternidad en algún confín oscuro, sin que él cargara más con el lastre de aquella historia.

Sacó de su mochila una copa plástica, una botella de vino, una manzana y un cofre donde escondía algunos de sus mejores recuerdos. Utilizó la yema de su dedo índice para rayar la arena húmeda y escribió sus nombres rápidamente, con la esperanza de que las olas no pudieran borrarlos, pero conociendo la verdad.

Dos años pasaron desde la primera y última vez que estuvo en esa playa, dos años que estaban grabados en su piel y en su mente. Dos años que se sintieron larguísimos cuando todos sus recuerdos se resumían en un solitario verano.

Le tomó dos años reunir el valor para volver al lugar donde le prometieron la eternidad. Mientras contemplaba el mar grisáceo y el cielo encapotado, casi podía creer que de nuevo sostenía en sus manos la profundidad del océano, la infinidad del espacio y la eternidad del tiempo.

Ya no las tenía, sin embargo. Había sido cruelmente despojado de ellas y aún no comprendía la forma en que debía enfrentar la vida sabiendo que nunca las volvería a experimentar.

El vino le supo amargo, la manzana que mordió aún no estaba madura y el mar rugió con furia frente a él.

Así era, una tormenta como un puñal y una tumba vacía.

Finalmente, dos años después de aquel verano y en los que estuvo sumido en la oscuridad, la culpa y el anhelo, Sheridan se sintió capaz de dejar ir a todos sus fantasmas. Ya no perseguiría gaviotas en la playa, linternas en el cielo, ni hogueras en la arena, dejaría ir los recuerdos y eventualmente se resignaría a la pérdida, el dolor y el anhelo.

El mar podía quedarse con sus promesas, transformarlas en olas y corrientes marinas, podía alimentar a los peces con ellas y abandonar sus despojos en la arena para que algún ingenuo desesperado las tomara en sus manos y acabara de destruirlas. El cielo podía llevar sus sueños hasta la luna y las estrellas, alimentar al vacío con ellas y transformarlas en luces a las que algún niño pequeño, triste y miserable pudiera pedir un deseo. El tiempo podía curar sus heridas, darle resignación para aceptar la muerte y continuar con su vida, podía llevar sus rezos al pasado y decirle a toda su familia cuánto lo lamentaba, que la muerte siempre era injusta y, aunque el perpetrador pagó por ella, nunca pagaría por el dolor que aún ardía en su pecho.

Derramó vino a su lado, lanzó un par de semillas al agua y contempló las letras de sus nombres cavados en la arena y los envolvió en trazos desprolijos que el mar, con una ola violenta y estridente, borró tan rápido que no tuvo tiempo para defenderlos. Le sonrió de todas formas, a los trazos borrosos que sobrevivieron al ataque y asintió para sí mismo. Era una promesa que moriría esa tarde, justo ahí, a sus pies.

Junto a todo lo demás y envuelto en agua de mar, lágrimas y lluvia, Sheridan por fin lo dejaría ir.

En el pasado escuchó muchas cosas sobre el océano, el espacio, los árboles mágicos y las rocas mensajeras, pero, de entre todas las cosas que Kevin alguna vez dijo, jamás le contó que el mar se volvería salado por las lágrimas que él iría a derramar sobre las olas.

—No volveré a este recuerdo —le dijo a la marea, a la lluvia y a la eternidad, deseando que de alguna forma llegara a sus oídos—, nunca volveré al momento en que me amabas eterna e infinitamente. Serás un recuerdo, sin embargo, en el océano de mi corazón, y vivirás ahí como una promesa rota, como dos estrellas que nunca debieron encontrarse. Adiós, Kevin Contreras.

«Kevin y Sheridan estuvieron aquí, ellos se amaron... pero ya se marcharon».